



28

# SERMON

PREDICADO POR EL PRESBITERO

**BOB. D. MIGUEL AGUIRRE**

en la Iglesia Catedral de Cuenca,

el 16 de Junio, con motivo de la fiesta

**DEL SANTISIMO SACRAMENTO.**



Anotado por el Jefe de Canjes



**AÑO DE 1884.**

IMP. DEL CLERO. — POR JOSÉ A. PESÁNTEZ.



Recomendamos al público ilustrado el bellissimo sermón pronunciado por el Presbitero Señor Dor. Miguel Aguirre, el día 16 del mes de Junio, en la Iglesia Catedral, con motivo de la fiesta del Santísimo Sacramento.

Arrancada á la modestia de su autor la aplaudida pieza que hoy damos á luz, se recomienda ella de suyo. Ha sido juzgada ya por el pueblo cuencano, quien despues de admirarla en la cátedra sagrada, ha pedido entusiasta su publicación. No es la primera vez que el Señor Dor. Aguirre ha manifestado sus notables dotes para la oratoria sagrada: repetidas ocasiones ha merecido justos y unánimes aplausos de la parte culta de nuestra sociedad.

Los EE.



“Respexit Elías ad caput suum sub-  
cinericium panem : qui surgens comedit : et  
ambulavit in fortitudine cibi illius usque  
ad montem Dei”. ( 3 Reg. xix. 6. 8.)

Miró Elías y vió á su cabecera un pan  
cocido al rescoldo, y levantándose co-  
mió; y confortado con aquella comida,  
caminó hasta llegar al monte de Dios.

### **Hermanos míos en N. S. J. C.**

Se cuenta en el Libro tercero de los Reyes, que, irritada Jezabel contra Elías, persiguió á este Profeta para quitarle la vida; y que él se fué huyendo por donde le llevaba su deseo. Al llegar á Bersabé en Judá, dejó allí su criado, y prosiguió su camino una jornada por el desierto; y habiéndose sentado bajo la sombra de un enebro, pidió la muerte, diciendo: “Bastante he vivido ya, Señor, llévate mi alma; pues no soy yo de mejor condición que mis padres que antes de mí murieron.” Y tendiéndose en el suelo, quedóse dormido á la sombra del enebro. Cuando he aquí que un Ángel del Señor, le tocó y dijo: “Levántate y come.” Elías se despertó y vió á su cabecera un pan cocido bajo la ceniza y un vaso de

agua; comió, pues, y bebió, y tornó á dormir. Mas el Ángel del Señor volvió segunda vez á tocarle y le dijo: "Levántate y come; porque te queda aún que andar un largo camino, muy superior á tus fuerzas." Levantándose Elías comió y bebió, y fortificado con este alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta llegar á Horeb, llamado también monte de Dios.

Este pasaje de la Escritura lo emplea, Señores, la Iglesia en el oficio del Santísimo Sacramento, como una figura muy expresiva de este adorable misterio. Y en efecto, Elías representa al hombre que anda huyendo por el desierto de la vida, sin saber en donde refugiarse, perseguido por la malicia del mundo y la tiranía del demonio, de los que es imagen la impía Jezabel. Igualmente al hombre la Providencia del Señor le ha deparado un árbol frondoso, á cuya sombra descansa y duerma; y un pan cocido al fuego del amor divino, con cuyo sustento pueda continuar por el sendero, hasta llegar á la montaña de Dios, el cielo.

El orden material y el espiritual son paralelos entre sí, dice Santo Tomás, y se corresponden perfectamente el uno al otro: de modo que las leyes de la naturaleza visible son una expresión de las leyes morales del espíritu. Ahora bien: hay dos bases sobre las que se afirma nuestra existencia material, y sin las cuales no podría subsistir: el sueño y el alimento. Los miembros fatigados por el ejercicio diario necesitan del reposo y el sueño; y la parte de sustancia consumida por el calor natural, debe ser reparada por el alimento. Es preciso que estos dos medios de reparación se junten, y unidos sostengan la vida humana; midiéndose la salud y bienestar corporales por la disposición para el sueño y el alimento. Así también, la vida espiritual de nuestra alma, ha menester afirmarse sobre estas dos bases; porque las contradicciones y angustias del corazón requieren descanso; y las fuerzas espirituales debilitadas por el calor de la concupiscencia exigen alimento. Y he aquí, Señores, el papel que desempeña la Eucaristía: ella es sombra para nuestro descanso y pan para nuestro sustento. En el tabernáculo es sombra y en el comulgatorio es pan. Y he aquí también los dos modos con que hemos de aprovechar de los beneficios del Santísimo Sacramento: descansando por medio de la adoración y alimentándonos por medio de la comunión.

A los Israelitas viajeros por el desierto, con dirección á la tierra prometida, les proveyó Dios de una nube que hacía sombra sobre todo el campamento, para defenderlos de los ardores del desierto; é hizo llover el maná para sustentarlos mien-

tras atravesaban aquella tierra desprovista de frutos. Nosotros, igualmente, Señores, viageros por el mundo con dirección á la patria celestial, necesitamos de una nube que nos refrigerare y de un maná que nos sostenga. Y la Eucaristía, por sí sola, desempeña estos dos oficios, cumpliéndose en este misterio aquella tierna promesa de Jesucristo: "Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos." Venid á visitarme todos los que trabajais y estais cansados, que yo os aliviare; y aquella otra: "... "Ego sum panis vitæ: qui venit ad me non esuriet." Yo soy pan de vida: quién me come no tendrá hambre.

Oh! Virgen María, vos que fuisteis protegida por la sombra del Altísimo, y llovisteis sobre la tierra este pan de vida, dad virtud á mis palabras, para que pueda manifestar á mis oyentes el descanso que se encuentra y las fuerzäs que se adquieren al pié de los altares.—**Ave Maria.**

## I.

En pena del pecado original, el Señor condenó al hombre á buscar el pan para su alimento mediante el cultivo de la tierra, la que en cambio, le produciría abrojos y espinas. Desde entonces aquella es regada con el sudor de la frente, sudor que nó puede fecundizarla, sin el auxilio de las nubes del cielo. Esta ley del trabajo para obtener el pan material, es expresión de la ley moral que nos obliga al cultivo del espíritu para conseguir el pan de la vida eterna; cumpliéndose en ambos órdenes aquellas palabras de Dios: "In sudore vultus tui vesceris pane." Pero, ay! qué tierra tan ingrata y estéril es nuestra alma! aseméjase á un desierto abrazado por el sol en donde no se produce ninguna flor, y en la que espontáneamente brotan las espinas y abrojos de los vicios. Con razón decía David, dirigiéndose al Señor. "Anima nostra sicut terra sine aqua tibi." Hay necesidad, pues, de una nube mística, que envíe sus lluvias sobre este desierto y le haga germinar; y por ella, los antiguos Patriarcas y Profetas clamaban cuando decían: "Rorate coeli desuper, et nubes pluant justum." Oh cielos, enviad las nubes que lluevan al Justo sobre nuestra tierra, para que ésta produzca frutos de salvación. Y, en efecto, llegados los tiempos señalados por Dios, el mundo fué bañado con el rocío de los cielos: "Verbum caro factum est." La naturaleza humana de Cristo era como una nube cargada de las gracias con qué debía fecundizarse la tierra: su palabra y sus ejemplos fueron como una lluvia que

hizo germinar hermosas flores y preciosos frutos de santidad. Del cuerpo de Jesucristo como de benéfica nube se desprendían toda clase de gracias: no había sino que tocarle para quedar curado y santificado. Mas, si la humanidad de Cristo estaba llena de virtudes, como una nube cargada de aguas, en el Santísimo Sacramento, esta nube es más densa que en su vida mortal; y, por consiguiente, podemos decir que está más cargada de gracias. El profeta Isaias había anunciado que en los tiempos del Salvador, el desierto se alegraría y florecería como azucena: "Exultabit solitudo et florebit quasi liliium;" que se vestiría con la gloria del Líbano y la hermosura del Carmelo: "Gloria Libani data est ei, decor Carmeli;" y que habría tanta cantidad de aguas, que en donde antes habitaban los dragones, reverdecería la caña y el junco: "Orietur viror calami et junci." Y he aquí cómo todo esto se cumple, en sentido espiritual, bajo la influencia de la Eucaristía. En tiempo del paganismo, el mundo era un árido desierto: ni una sola flor bella produjo su suelo: había algunas virtudes, en verdad, pero paganas, y sin el tinte de hermosura que sólo da el catolicismo: semejantes á aquellas flores nacidas en los sepulcros, pálidas y efímeras que se resienten de la corrupción de la tierra en que han brotado. Mas ahora, echad una mirada sobre aquellas partes del mundo en donde se venera al Santísimo Sacramento: ved como ha reverdecido su suelo y se ha convertido en hermoso jardín lleno de flores de virtudes; y la primera que ha brotado es la azucena de la castidad: "Videte lilia quomodo creseunt:" ved cómo se agruparon en torno del tabernáculo los sacerdotes y las vírgenes consagradas al Señor. Y no puede ser de otra manera: Jesús es un Cordero que se apacienta entre azucenas; "qui pascitur inter lilia;" y por esto los campos á donde viene este Cordero se cubren muy luego de aquellas hermosas flores, que constituyen su alimento. Ah! hermanos míos, si sentís que vuestro corazón es un desierto quemado por el sol de las pasiones, venid á colocaros bajo la nube sacramental: entonces vereis como se fecundiza y llena de flores. Haced la prueba: así como la tierra no puede resistir al influjo de los cielos; así nuestra alma no puede resistir al influjo de la Eucaristía; porque las leyes del espíritu son más invariables que las de la materia.

Mas, si el alma es árido desierto, el hombre es jornalero que debe cultivar este desierto para hacerle producir el sustento espiritual. Por esto decía Job: "Sicut dies mercenarii, dies hominis:" la vida del hombre sobre la tierra, es como la de un jornalero. Y así como el desierto necesita de nubes, el trabajador ha menester de una sombra que le refrigere y de la oscuridad de la noche que

proteja el sueño reparador de las fatigas del día. Mas he aquí que el Smo. Sacramento no sólo es nube para la fecundidad del suelo, sino también sombra para el descanso del agricultor. Dice Santo Tomás que la Eucaristía es verdaderamente la sombra de Dios; porque la sombra es el efecto de un cuerpo que se interpone entre nosotros y la luz; y á medida que el cuerpo es más opaco, la sombra es más densa. Ahora bien, el Verbo Eterno es la luz increada: "lux vera" le llama S. Juan, "candor lucis æternæ," S. Pablo. Este Verbo se encarnó en las entrañas purísimas de María, tomó cuerpo de hombre; y este cuerpo era como el velo con que se cubría para poder conversar con los hombres. Así lo había dicho el Arcángel Gabriel á María, anunciándole este misterio: "Virtus Altissimi obumbrabit tibi," la virtud del Altísimo te hará sombra. Pero el cuerpo de J. C. es el más puro y perfecto de todos cuantos han existido y existirán sobre la tierra: es la obra por excelencia del Espíritu Santo. Por consiguiente, la sombra que proyectaba sobre el mundo la humanidad del Salvador, durante su vida mortal, no era muy densa. Al través de su humanidad, escapábanse algunos rayos de su gloria; y aunque sus enemigos cerraban los ojos para no ver esta luz, la fuerza de los hechos les convencía de la verdad y les convertía en ciegos voluntarios. Aun más, en el mismo Calvario, al través de sus heridas, escapábanse torrentes de luz, capaces de iluminar todo el mundo: por esto uno de los ladrones creyó en su reino celestial, y el centurión exclamó: "Vere Filius Dei erat iste." Mas, aquí en la Eucaristía, el Verbo se ha ocultado no sólo con la humanidad, sino también bajo las especies sacramentales; ha tomado no ya un cuerpo purísimo como en el seno de María, sino un cuerpo ordinario y común, fruto de nuestros campos: á saber los accidentes de pan y vino. Así es que la sombra que proyecta en el Sacramento es densa y oscura, como las tinieblas de la noche que incitan al reposo y al sueño.

El sueño natural es un descanso, porque separándose el alma de las cosas exteriores, suspende el ejercicio de las potencias, y como que se recoge en sí misma para reparar sus fuerzas; siendo tanto más profundo el sueño, cuanto más fatigoso ha sido el trabajo del día. La oración es también un sueño místico, por el que apartándose el hombre de las cosas sensibles, é interrumpiendo el curso ordinario de las operaciones exteriores, se entiende á solas con su Dios: por esto le es tanto más agradable la oración, cuanto más ha trabajado en el cultivo espiritual. Pero si toda oración es un sueño, la que se hace delante de la Eucaristía lo es con mucha

mayor razón; porque el Señor, aún de una manera sensible, ha querido significar este sueño misterioso. Notad sino el silencio que reina en torno del santuario, semejante al que existe al rededor de la cuna en donde duerme un niño. Todo el bullicio mundano viene á apagarse en las puertas del templo; y las melodías que en el culto eucarístico emplea la Iglesia, son como el canto pausado y suave de que usa una madre para adormecer á su hijo en la cuna. Fijaos también en esta oscuridad conciliadora del descanso. Sólo la débil luz de una lámpara ilumina algún tanto el recinto de la Eucaristía. Y aun más, el mismo Jesús duerme en el tabernáculo; pues cual otro Noé ha caído desnudo en medio de su tienda, embriagado de amor y despojado del manto de su gloria. En vista de esto, me parece que Dios, en el templo repite aquellas palabras: "Adjuro vos, filie Jerusalem, ne suscitatis neque evigilare faciatis dilectam, quoadusue ipsa velit." Así, pues, hermanos míos, cuando os sintais fatigados por los trabajos de la vida, venid á descansar, por medio de la adoración, á la sombra de la Eucaristía, á semejanza de la esposa de los cantares: "Sub umbra illius quem desideraveram sedi". Decid también con el Profeta: "In pace in idipsum, dormiam et requiescam:" aquí dormiré y descansaré en paz. Pero acordaos que no hay paz para los impíos; que cuando las pasiones dominan el corazón, es imposible conciliar el sueño. "¿Quomodo potest dormire, dice S. Ambrosio, qui sollicitam exercet auri custodiam?" cómo pueden dormir el avaro y el sensual? "Excitat eum cupiditas"; su pasión les despierta. Sacudid, pues, vosotros esta demasiada solícitud de los bienes terrenales, para que podáis gozar de este sueño blando y tranquilo en los brazos del Señor. Durante el sueño, la imaginación entra en campos desconocidos, y á veces risueños y agradables, de los que no querría salir para volver á la triste realidad. Mientras dormía el antiguo Patriarca José, su mente se extendía por el ámbito de los cielos, en donde veía que el sol, la luna y doce estrellas le adoraban: así también en este sueño místico, el alma entra en las bellas regiones del amor divino y goza allí de visiones misteriosas y agradables. Cuando Jacob, dejando la casa de sus padres, iba, camino de peregrinación, á la Mesopotamia, en uno de esos días, al caer de la tarde, hizo su mansión en el campo de Luza; se recostó allí, reclinó la cabeza sobre una piedra, y entró en un profundo sueño, durante el cual vió aquella mística escala llena de ángeles, en cuya extremidad estaba el mismo Dios, dirigiéndole palabras de consuelo. Al despertar, exclamó: "En verdad ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo"; y tomando la piedra, la ungió y la

erigió en monumento. Nosotros también, peregrinos en este valle de lágrimas, al caer de la tarde, vengamos á estos campos eucarísticos, en donde está la piedra angular, que es Cristo, y reclinemos sobre ella nuestras frentes bañadas con el sudor del día. Aquí está la escala misteriosa que une la tierra con los cielos; esta es la casa de Dios y la puerta de la gloria. Tomando esta piedra derramemos sobre ella el unguento de los afectos del corazón, y erijámosla en trofeo de nuestra felicidad. El mundo también, Señores, os presentará una sombra aparente, invitándoos al descanso y felicidad terrenales; pero esta es la invitación que hacía el espino á los árboles de la selva en el tan hermoso apólogo del Libro de los Jucees: "Dixit rhamnus lignis: Venite et sub umbra mea requiescite." Pero qué sombra puede dar el espino? Infeliz del que accediera á su llamamiento. En vez de encontrar alivio, sus carnes serían despedazadas y chorrearían sangre. En el tabernáculo tenemos esta sombra de Dios, tan grande y extensa que puede cobijar á todo el mundo. Venid pues á ella, que Jesús os invita, diciéndoos: "Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis: et ego reficiam vos."

## II.

Pero la Santa Eucaristía no solamente es sombra para nuestro descanso, sino también pan para nuestro alimento. El Señor concedió á los Israelitas, además de una nube que les defendiera de los ardores del desierto, el maná que les sustentara en un tan largo camino. Mas, Señores, para la vida perfecta del hombre no basta el pan material; pues si bien éste basta para la vida animal, el espíritu tiene una vida superior que no se sustenta sino con alimento intelectual. "Non in solo pane vivit homo, decía Jesucristo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei:" no sólo de pan vive el hombre, sino principalmente de la palabra que procede de la boca de Dios. "Os Dei est intellectus divinus," dicen los teólogos: la boca de Dios es el entendimiento divino; y la palabra que procede de esta boca es el Verbo Eterno, verdadero pan de la vida espiritual; "panis vitæ et intellectus," como le llama la Escritura. El alma vive por medio del entendimiento y de la voluntad; y siendo el Verbo Eterno la primera verdad y el sumo bien, perfecciona en su más alto grado estas dos potencias, con las que se pone en ejercicio la vida espiritual. Ved como se raciona, á este respecto, el Angélico Doctor. Así como se distinguen esencialmente la vida corporal y la espiritual, se dife-

rencian también el alimento terreno y el celestial, en su producción y en el modo con que se nutren; pues cada vida debe sustentarse con alimento adecuado. El sustento para la vida animal, para este cuerpo formado de polvo, lo hemos de buscar, en los productos de la tierra; mas los frutos de ésta, inferiores al cuerpo humano, no pueden alimentarnos, sino perdiendo su vida propia y convirtiéndose en nuestra sustancia por las fuerzas asimilativas de la naturaleza. Justo es, por tanto, que muera el cuerpo que se alimenta con la destrucción de seres inferiores, como se lo intimó el Señor á Adán en el paraíso cuando le dijo: "Come los frutos de la tierra, hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado; por que tierra eres y en tierra te convertirás." Pero el sustento de la vida intelectual, de esta alma salida del seno de Dios es El mismo; y lo hemos de buscar en el primer producto divino, en el Verbo Eterno que procede del entendimiento del Padre. Mas, el Verbo que es la fuente de la vida, "In ipso vita erat," infinitamente superior á todo ser intelectual, no puede perder su vida y convertirla en otra inferior; sino que alimenta á los espíritus, atrayéndolos á la participación de su vida divina é inmortal. "Cibus sum grandium, dijo el Señor á S. Agustín: cresce et manducabis me; nec tu me mutabis in te, sed tu mutaveris in me:" yo soy comida de los espíritus, hazte hombre espiritual y me comerás; pero tú no me mudarás en tu sustancia, sino que tú te convertirás en la mía." De modo que todo justo puede exclamar con el Apóstol: "Vivo ego, jam non ego, vivit veró in me Christus." Por esto, Jesús nos promete la vida eterna si le comemos; y como el alma en su alimentación no destruye vida ninguna, sino que es absorvida por el Verbo, su vida debe ser inmortal. Aun más, esta inmortalidad se comunica también al cuerpo; porque siendo el hombre una sola naturaleza, la mortalidad de la parte inferior es absorvida por la superior: "absorpta est mors in victoria." El cuerpo del cristiano lleva consigo el germen de la vida: cuando se le entierra, es grano que se siembra, para que después se levante con gloria y hermosura. "Sciminatur corpus animale: surget corpus spirituale."

El Verbo es llamado especialmente Pan de los ángeles, que son puros espíritus y no tienen más vida que la intelectual, que se sustenta con la visión divina. Mas, nosotros débiles y mortales no podemos alimentarnos con este pan en su esencia; porque es un alimento sólido y sustancioso, superior á las fuerzas de nuestra alma que debe ser alimentada con leche; pues somos niños en la vida sobrenatural. Así lo dice el Apóstol: "Parvuli estis, quibus lacte opus sit, non solido cibo:" sois niños que te-

neis necesidad de leche y no podeis nutrirnos con un alimento sólido. Mas, he aquí, dice S. Agustín, que el Señor Dios es para con nosotros, como una madre para con su hijo en la cuna: así como el alimento ordinario varía de forma en los pechos maternales, convirtiéndose en leche; así en la santa Eucaristía el Verbo Divino ha tomado la forma de pan: "Panis angelicus fit panis hominum." Cuando lleguemos á la edad perfecta; es decir, cuando rompiendo las ataduras del cuerpo, vuele nuestra alma á los cielos, entonces nos alimentaremos sólidamente como varones perfectos, con la visión del Verbo. Y no puede ser de otra manera, Señores: el Dios que ha fecundizado la tierra y la ha cubierto con trigales y viñedos para el sustento material del hombre, no podia descuidarse del espiritual; y por esto ha hecho brotar en el suelo de la Iglesia el fruto eucarístico, que es trigo de los elegidos y vino de las vírgenes, como lo dice el Profeta Zacarías: "Frumentum electorum et vinum germinans virgines." Este fruto sirve para reparar los daños causados por el fruto prohibido del paraíso; porque entonces nuestros primeros padres comieron la muerte, pues Dios les habia dicho: en cualquier día que comiereis morireis; pero ellos no creyeron en la palabra de Dios. Esa comida envolvía la negación de la palabra divina. Fueron cazados como peces dice Job, porque bajo la bella apariencia del fruto, iba escondido el aguijón de la muerte; pues muerte del alma es apartarse de la palabra de Dios. Mas, en la Eucaristía, la palabra sustancial del Padre, que es el Verbo Eterno, viene envuelta en los accidentes de pan y vino; así que, en la comunión comemos la vida y nos unimos á la palabra de Dios que es vida del alma. Por esto ha variado también la sentencia del Señor: aliméntate, le dijo á Adán, hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado: "Quia pulvis es, et in pulverem reverteris"; mas en el Sacramento nos dice: "comulga hasta que vuelvas al seno de Dios, de donde saliste: "quia Dei estis, et filii Altissimi."

He aquí el maná de los Israelitas en el desierto. Nosotros, viajeros como ellos á la tierra prometida, y que caminamos por el mundo que no produce ningún alimento para el alma, necesitamos que este alimento baje del cielo todos los días. En efecto, durante los cuarenta años que el pueblo hebreo empleó en atravesar el desierto, el Señor le mantuvo con el maná, que era un alimento formado por los ángeles en las nubes del cielo, y que caía en el campamento diariamente al rayar la aurora: este milagro cesó el día mismo en que entraron en la tierra prometida. Para que cayera el maná, el Señor

enviaba ántes un viento impetuoso que limpiaba la tierra: sobre ese suelo limpio hacía descender primero el rocío de la mañana, y encima de él, el maná. A la vista de este pan milagroso fué grande la admiración de los judíos, y unos á otros se preguntaban: ¿“Quid est hoc? Man-hu”? de modo que maná en hebreo es palabra que expresa admiración. De igual modo, para el alimento espiritual del hombre ha bajado de los cielos el Verbo Divino, y ha tomado en el seno de María un cuerpo purísimo, obra del Espíritu Santo. Y considerad, Señores, cuánto preparó al mundo el Padre Eterno para el recibimiento de su Hijo: primero hizo nacer á María Santísima, más pura que el rocío de los cielos, para que en su seno virginal cayera el maná divino que fué la admiración de los ángeles y de los hombres. La Encarnación es por tanto, un misterio profundo de omnipotencia y de amor; y al contemplar á Jesucristo deberíamos atónitos preguntarnos, los unos á los otros: ¿“Quid est hoc?” ¿Hasta dónde han llegado las misericordias de Dios? Pero nuestro Señor nos ha dado también el maná de la Eucaristía. Ved ahora, Señores, cómo preparó á los apóstoles, en cuyos corazones debía caer aquel por primera vez. Durante tres años, cada día les purificaba con el rocío de su palabra; y en la noche misma de la institución del Santísimo Sacramento quiso que estuviesen más puros todavía; y por esto Él mismo les lavó los pies, símbolo de la limpieza interior. No de otro modo, la Iglesia prepara el campo destinado á recibir el maná eucarístico: ella, á su vez, educa durante largos años los corazones sacerdotales; consagra las manos sobre las que ha de llover el pan de los ángeles: despliega la más grande solicitud para purificar á los fieles que han de comulgar; y emplea, en fin, los productos más ricos de la tierra, el lino y el oro, para cubrir el suelo en que ha de caer el cuerpo de Jesús. Y descende en efecto la Eucaristía. . . . ¡Oh prodigio! todas las mañanas sobre los altares del Señor, terrenos preparados por la mano de la Iglesia para recibirla. Ahora bien, al ver estas maravillas del amor divino, no deberíamos exclamar con más razón que nunca: ¿“Quid est hoc?” ¿Hasta dónde han llegado los abatimientos del Señor? Él ha empleado todo el poder de su brazo y todo el amor de su corazón en la realización de este misterio, el más admirable de todos, porque reúne en sí todo el tesoro de sus maravillas. “Memoriam fecit mirabilium suorum.” Y si maná significa admiración, he aquí el verdadero maná, cuya contemplación debe arrebatarnos.

Los Israelitas debían ser diligentes en levantarse temprano, para recoger el maná en el campamento, por que se derretía

á los primeros rayos del sol naciente; de modo que los holgazanes y perezosos eran castigados con el hambre, y quedaban privados de esta comida celestial. Oh! cristianos, echad fuera la pereza que os domina, y acudid todas las mañanas á la celebración de los sagrados misterios, para que vayais á vuestras ocupaciones ordinarias con el corazón tranquilo y el alma satisfecha, llevando en vuestros senos el sostén de la vida espiritual. El maná sabía al paladar según el gusto de cada uno: "Omne delectamentum in se habentem"; y por esto se irritó en gran manera el Señor, cuando después de haber avanzado en el desierto, algunos hebreos infieles murmuraron, diciendo; nos acordamos de la abundancia de carnes y legumbres que teníamos en Egipto; ahora nuestros ojos no ven sino maná. "Jam anima nostra nauseat super cibo isto levissimo." Dios, en castigo de esto, mando carne al campamento. "Adhuc carnes erant in dentibus eorum, dice el texto sagrado, et furor Domini percussit populum plaga magna nimis: . . . . Vocatusque est ille locus: sepulchra concupiscentiæ." Comían aún la carne, cuando el Señor les hirió de muerte, y sus cadáveres quedaron tendidos en aquel lugar llamado "sepuleros de concupiscentia." De igual modo, Señores, el cuerpo de Jesucristo, contiene una dulzura celestial y en él saborea el alma todos los gustos espirituales. Mas ¡ay de vosotros! si llegais á despreciar la Eucaristía; si después de haber gustado este don celestial vuestra loca imaginación os pone delante los deleites carnales, y decís con los malos Israelitas: "Jam anima nostra nauseat super cibo isto levissimo." Dios en su furor, os concederá entonces estos placeres que tanto deseais; pero herirá de muerte á vuestra alma y la enterrará dentro de vuestro cuerpo, como en sepulcro de concupiscentia, para que no saiga de allí á espaciarse por las vastas regiones de la belleza espiritual. ¡Oh, hermanos míos! ven-gamos siempre, con diligencia y amor, á recoger este pan divino, todos los días de nuestra vida, hasta que lleguemos á la tierra prometida de la gloria, en donde no habrá ya este pan; pero nos alimentaremos en cambio con los frutos de esa tierra, con la visión intuitiva de Dios. Entre tanto, venid á comer de este pan: pues que Jesús os invita, diciendo: "ego sum panis vite . . . . qui venit ad me non esuriet."

Hemos visto, pues, Señores, que la Eucaristía es sombra, para el descanso y pan para el alimento de nuestras almas. Si los primeros fieles buscaban con tanta solicitud la sombra de San Pedro, de modo que traían á los enfermos en sus lechos para que se curaran con el influjo de esa sombra milagrosa; ¿con cuánto mayor empeño no deberemos buscar nosotros la som-

bra del Verbo Divino en los altares? Si teneis algunos enfermos del alma, traedlos acá para que se vivifiquen con el influxo eucarístico. ¿Padeceis, acaso, hambre devoradora, como aquel mendigo Lázaro, que deseaba saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico Epulón, y con este motivo iba á tenderse á sus puertas? Mirad, qué rico tan desapiadado: él se vestía de púrpura y lino, y tenía banquetes espléndidos todos los días. "Induebatur púrpura et bysso, et epulabatur quotidiã splendide." Y, sin embargo, no alargaba un pedazo de pan al mendigo, á quien dejó morir de hambre á las puertas de su palacio. Vosotros teneis aquí á este rico que se viste también de lino y púrpura, es decir de las especies sacramentales; que todos los dias tiene banquetes espléndidos en su altar: venid como podais, aun cuando sea arrastrandóos, á las puertas del templo. Apenas os vea, se conmovrán sus entrañas de Padre, y enviará sus ángeles para que os introduzcan y os hagan sentar á su mesa. Oh! sí, Jesús, de hoy en adelante, todos nosotros buscaremos tu tabernáculo para nuestro descanso, hasta que durmamos tranquilamente el sueño de la muerte, bajo la sombra del Viático. Y de igual modo nos sentaremos con frecuencia á tu mesa, hasta que seamos trasladados como Lázaro, por manos de los ángeles, al festín de la inmortalidad.— Así sea.

